

7-2009

Poetas, viajeros y soldados británicos en la guerra de la independencia: La sensibilidad romántica

Ricardo J. Sola Buil

Follow this and additional works at: <http://digitalcommons.conncoll.edu/teatro>



Part of the [Spanish and Portuguese Language and Literature Commons](#), and the [Theatre and Performance Studies Commons](#)

Recommended Citation

Sola Buil, Ricardo J. (2009) "Poetas, viajeros y soldados británicos en la guerra de la independencia: La sensibilidad romántica," Teatro: Revista de Estudios Culturales / A Journal of Cultural Studies: Número 23, pp. 263-289.

This Article is brought to you for free and open access by Digital Commons @ Connecticut College. It has been accepted for inclusion in Teatro: Revista de Estudios Culturales / A Journal of Cultural Studies by an authorized administrator of Digital Commons @ Connecticut College. For more information, please contact bpancier@conncoll.edu.

The views expressed in this paper are solely those of the author.

*"No more be grieved at that which thou has done:
Roses have horns, and silver fountains mud.
(Shakespeare, Sonnets, 35:1-2)*

*Si la causa no es justa
el mismo rey tendría
que responder al grito de todas esas piernas
y cabezas y brazos
cortados por el tajo en la batalla
y en el último día amontonados
para gritar muy juntos: ¡Aquí nos hemos muerto!
Algunos blasfemando
o reclamando médicos urgentes
y otros pensando en viudas dejadas en poder de la pobreza
y otros sumando deudas incumplidas...
los más llorando a gritos
los hijos que se dejan inmaduros.
Temo que son escasos los muertos en batalla
que sepan bien morir.
¿Qué disponer en justicia de nada
si el argumento es sangre?
Es por tanto que todos esos hombres
están sin muerte digna
y esto es un grave asunto para el rey que los trajo
a topar con la muerte,
que la desobediencia no cabe en las acciones
que definen al súbdito.*

Henry V IV i 123-145.¹

I

Aunque, inevitable, la actitud de los poetas ilustrada en las palabras de Shakespeare ha sido por lo general escéptica, temerosa y, en la mayoría de las ocasiones, contraria a la guerra. Porque, aun en la necesidad, siempre es causa de dolor, sufrimiento y muerte. En lo referente a la Guerra de la Independencia, o peninsular, el análisis e interpretación de los hechos son, según quien los contemple, contradictorios, paradójicos e inquietantes. Ronald Fraser, en el prólogo a su estudio *La maldita*

¹ Dado que muchos de los textos en inglés son inéditos en castellano he optado por su traducción, en vez de ofrecer la versión original. Debo expresar mi agradecimiento al poeta y amigo Manuel Vegas Asín, quien, a partir de mi traducción del original, ha dado una versión poética a todos los poemas que se incluyen en el presente ensayo. También quiero agradecer a Santiago Delgado su asesoramiento en otros aspectos de la redacción del mismo.

guerra de España, plantea con claridad los extremos de esta contradicción. Por una parte su propósito de desterrar «algunos de los mitos españoles sobre la guerra: la “espontaneidad” de los primeros alzamientos; la uniformidad del patriotismo entre las distintas clases sociales; la confianza de estas clases bajas en sus superiores “naturales”; incluso el voluntario compromiso en la defensa del terruño [...]» (Fraser, 2006: xvi). Por otra, la constancia de que,

[...] la realidad de la guerra para las clases populares fue muy distinta: muerte, enfermedad, hambre, huidas; razzias enemigas, requisas de víveres y subterfugios para evitarlas; resistencia y pasividad; y miedo, por encima de todo, miedo: a todos los ejércitos y bandos, al ejército francés, al británico y al español; a los bandidos que acechaban [...] (Fraser, 2006: xvi)

Sin embargo, frente a la evidencia de los testimonios históricos y su consideración por los historiadores británicos que arrojan sobre nosotros cierta incertidumbre, los poetas románticos expresan el contrapunto a dicha percepción de la guerra, aunque también adoptan una doble actitud al hilo de los acontecimientos. Primero, y en sintonía con la tradición que hemos destacado al principio de este ensayo, se oponen al hecho en sí, ya que, además del rechazo al dolor y penalidad que trae consigo la batalla, arrastran el temor ante la imbatible fuerza del “Gigante” y la posibilidad de la invasión. Segundo, y llevados por su sensibilidad romántica, ante lo inevitable de la acción y su reto glorioso, entonan cantos y vibrantes versos al honor, al valor y al coraje (Ramsey, 2006: 117-126)².

El historiador Charles Oman, en el prefacio a su *A History of the Peninsular War* (1992: xvi-xvii), señala que los documentos y testimonios escritos correspondientes a la guerra peninsular que se conservan en distintas instituciones inglesas son abundantes, complejos y la mayoría de ellos sin analizar. No es nuestro propósito, pues, realizar aquí un recorrido exhaustivo de toda la documentación disponible en torno a este marco de manifestación histórica, documental y epistolar que testimonia el impacto y la recepción de la guerra peninsular en la opinión social y literaria de la Inglaterra de la época, sino trazar unas pinceladas, a modo de ecos, para resaltar el modo cómo poetas, viajeros y soldados seleccionaron, organizaron y dotaron de sensibilidad el hecho y su resultados: «[...] para entender el significado de la Guerra, su relación con el resto de la existencia, su moral, su conexión con la condición humana, su reflejo en la sociedad o sus valores, su comprensión de la nación y el patriotismo» (Watson, 2003:13).

² El crítico australiano realiza una interesante síntesis que merece atención.

Puesto que vamos a centrarnos principalmente en el impacto que los hechos tuvieron en la sensibilidad romántica, propia de los poetas del período y que impregnó otros testimonios, limitaremos nuestro estudio en cuanto al período temporal, y sólo tendremos en cuenta textos que se refieren a hechos puntuales del año 1808, o aquellos que ilustran el sentido y significado de la guerra. Dentro del conjunto de acontecimientos bélicos y diplomáticos, todo parece indicar que el alzamiento de Madrid del 2 de Mayo; el primer sitio de Zaragoza, el 25 del mismo mes; la batalla de Bailén, el 19 de julio; el desembarco de sir Wellesley en Lisboa, a primeros del mes de agosto; la Convención de Cintra, el 20 del mismo mes, y la muerte de John Moore, el 16 de enero 1809, son los que mayor repercusión tuvieron. Por otro lado, comprobamos que la juventud de los autores literarios de este período, marcó el tono pasional, es decir, romántico, de sus escritos tanto en un sentido vehemente de celebración y elogio, como en un modo desdeñoso y esquivo. La fuerza de la imaginación, con frecuencia, tenderá a la hipérbole, a la fantasía y a la exageración³.

Una importante cautela nos previene ante la evidencia de que la mayor parte de estos autores, como Vaughan, Byron, Hemans y Wordsworth, entre otros, escriben de lugares, costumbres y acontecimientos por referencias, aunque, en algunos casos, son testigos de otras acciones de la contienda o conocen personalmente a los protagonistas de las acciones que narran, como es el caso de Vaughan respecto a Castaños, Palafox y Agustina. Por eso, como señala Oman, la mayoría de los errores se producen porque los autores de lo narrado no fueron testigos ellos mismos, ni lo vieron con sus propios ojos (Oman, 1995: xix-xx). En conjunto, se distinguen tres perspectivas o apreciaciones de la guerra de la independencia, o peninsular, desde la óptica británica. En primer lugar, las cartas, diarios, memorias o partes de guerra escritos por sus protagonistas desde el frente que refieren las incidencias en el campo de batalla buscando la objetividad, no exenta de tono. En segundo lugar, los ecos de todo tipo que resuenan en la literatura y en la prensa del período, revistas de opinión política y manifestaciones poéticas, y, finalmente, las puntualizaciones que provienen de la evaluación histórica del hoy y del ayer.

El alzamiento del pueblo español contra las tropas napoleónicas sorprende a contrapié a la titubeante opinión inglesa y quiebra la desconfianza del gobierno inglés, que ve una posibilidad real de frenar en la península el avance victorioso de las

³ Vemos, por ejemplo, que Richard Brinsley Sheridan (1751-1816) en 1808 tenía 57; William Wordsworth (1770-1850) tenía 38; Walter Scott (1771-1832), 37; Samuel Taylor Coleridge (1772-1834), 36; Robert Southey (1774-1843), 34; Sir Charles Richard Vaughan (1774-1849), 34; William F.P. Napier, General (1785-1860), 23; George Gordon Byron (1788-1824), 20; Percy Bysshe Shelley (1792-1822), 16 y Felicia Hemans (1793-1835) tenía 15 años.

tropas napoleónicas. Hay abundantes reseñas a este cambio de perspectiva en la correspondencia militar que no vamos a detallar aquí. Por ejemplo, el almirante Collingwood, al frente de la flota británica en el Mediterráneo, en carta dirigida al ministro británico de la Guerra, Castlereagh, y fechada a bordo del Ocean el 15 de julio, indica que hay un hecho nuevo de gran importancia que altera el enfoque acerca de la recomendación de la intervención militar en la península. Este hecho nuevo es el levantamiento del pueblo, que instigado por los sacerdotes se ha alzado contra el ejército francés, y añade, con cierta ironía, que contrapone el entusiasmo de las gentes sencillas con la tibieza de las clases altas:

En carta anterior indiqué a su señoría, que, por la información que he podido recoger, esta guerra está enteramente apoyada por el pueblo común, que, instigado por el clero, ha sido incitado al más alto grado de entusiasmo. Van de la instrucción a los sacerdotes, que en cada calle están predicando el deber de ser firmes en la defensa de su país, y no hay influencia más poderosa que ésta. Entre las clases altas hay muchos caracteres dubitativos, pero no se atreven a demostrarlo. (Santacara, 2005:24)⁴

La Junta General del Principado de Asturias declaró la guerra a Francia el 25 de mayo de 1808. El 4 de junio de 1808, dos diputados de la Junta de Asturias⁵ viajan a Londres con el objetivo de convencer al gobierno inglés de sus intenciones y de su ruptura definitiva con el proyecto napoleónico. R. B. Sheridan, líder de la oposición y defensor de las ideas proclamadas por la revolución francesa y de la bondad de su expansión por Europa, queda sobrecogido ante la fuerza de las noticias que llegan desde España en torno al levantamiento del pueblo. En sesión parlamentaria, lanza una vibrante y contundente apología, en un tono apasionado, lleno de idealismo épico y espíritu de cruzada, clamando contra la pereza del gobierno en acudir en ayuda de un país que era modelo de « [...] nuestro más importante objetivo, la emancipación del mundo» (Saglia, 2000: 21)⁶.

Hasta aquí Buonaparte (sic) ha conducido una carrera victoriosa, porque se ha enfrentado a príncipes sin dignidad, a ministros sin sabiduría y a gentes sin patriotismo. Pero ahora tiene que aprender lo que significa combatir a una nación animada con un único espíritu contra él [...] Jamás hubo nada tan bravo, tan noble, ni tan generoso

⁴ En relación con lo que comenta Esdaile (2006:4), este mensaje de Collingwood parece señalar la inevitable importancia que la burguesía y el clero tuvieron en el alzamiento.

⁵ José Queipo de Llano, vizconde de Catarrosa, luego conde de Toreno y autor de una historia de la guerra de la Independencia (1835), y el diputado A. Ángel de la Vega.

⁶ Aunque inicialmente la respuesta de la opinión pública fue común y contundente, con el transcurso de la guerra, y una vez superados los acontecimientos más heroicos, esta sintonía comenzó a dividirse. La polémica se planteó, principalmente, a través de dos revistas: *The Edinburgh Review* y su continuadora, *Quarterly Review*, y entre dos grupos de escritores, dice Saglia: «un grupo de escritores para los cuales España lucha en nombre de la lealtad a las instituciones, y otro para los que la guerra es una revolución en el sentido francés del término». (Saglia, 2000: 21)

como la conducta de los españoles: nunca se ha producido una crisis tan importante como la que su patriotismo ha obrado en el estado de cosas en Europa... Ahora es el momento para hacer saber al mundo que estamos resueltos a representar la salvación de Europa. Cooperemos, pues, con los españoles, pero cooperemos de una manera eficaz y enérgica. Y si encontramos que ellos realmente están en cuerpo y alma en la empresa, avancemos con ellos, con espíritu magnánimo e intrépido, por la liberación de humanidad [...]. (Oman, 1995: 222-223)

Como Margaret Russett indica, este espíritu de resistencia y lucha dio un impulso importante a las expectativas inglesas y significó un vuelco definitivo en la marcha de la guerra que habría de llevar a la derrota del gigante (Russett, 1997:54).

El espíritu y la sensibilidad del romanticismo trazaron un puente entre ambas orillas de la contienda, la real y la figurada. La retórica romántica se dispuso a crear las iconografías de los combatientes, la estampa del gigante asesino, Goliath, siendo vencido por el intrépido, providencial y aguerrido David. La guerra condicionó sus vidas, les proporcionó temas y personajes, pero, sobre todo, afectó, de un modo crucial, su enfoque de la condición humana. El canto al sentimiento, santo y seña del ideario romántico, se encarna en el canto al individuo, a su libertad, a su gallardía, a su arrojo, a su vida, que se expresa con sinceridad con las pasiones y las palabras. Los poetas crearon imágenes con suficiente impacto y fuerza dramática como para dar forma a las distintas expresiones que mediaron entre el conflicto real y su construcción literaria, lírica y épica. Thomas Campbell se refiere con admiración y alabanza a Sir John Moore, que murió en La Coruña en 1809, como «nuestro gran querido Moore» (Beattie, 1849, vol II: 165). Hardy llama a las guerras napoleónicas «una vasta tragedia internacional» (Hardy, 1916: vii). El alegato queda resumido en las palabras del poeta Henry Gally Knight, en el apéndice a su poema épico *Iberia's Crisis*; en él señala a España como un ejemplo a seguir para toda Europa, como un prototipo de resistencia en defensa de «sus derechos naturales y libertades contra un usurpador extranjero sin principios» (Knight, 1809: 59).

El punto de partida para entender este modo romántico ante el escenario bélico hay que buscarlo en el prefacio a la segunda edición de las *Baladas líricas* (1800). En dicho prefacio, Wordsworth proclama que la poesía es «el espontáneo fluir de poderosos sentimientos» (Wordsworth, 1984: 735). De esta manera, expresa y manifiesta la identidad romántica anclando sus raíces en la pasión y en el corazón. En el mismo prefacio, indica que el material de la poesía es la sinceridad y simplicidad de los actos y emociones, que encuentran su camino en el habla y en los hechos de la gente común, de la gente sencilla, dotándolos de un «cierto colorido» (Wordsworth, 1984: 734).

En esta búsqueda animosa de personajes y ambientes que, de alguna manera, describiesen el ideario romántico, aparece, por sorpresa, un lugar, un hecho y unos personajes que subyugan la atención de los lectores y escritores del período. El lugar es España;

el hecho, la guerra de la independencia, y los personajes, ese pequeño y sencillo lugareño, solitario, orgulloso e intrépido que se levanta contra el invasor para defender su libertad y su soberanía. Las guerras napoleónicas, dice Watson, añadieron al ideario romántico entretejido por la imaginación, la naturaleza y el mito un cuarto elemento: el conflicto (Watson, 2003: 21), la lucha entre contrarios preconizada por William Blake, la lucha entre la inocencia y la experiencia. Por otra parte, su expresión discursiva y poética ayudó a “forjar” la nación inglesa, como dice Linda Colley: «la nación británica se forjó en la guerra» (Watson, 2003: 22).

Los poetas románticos volvieron la mirada, inicialmente, a las cartas, y correspondencia, en general, escritas desde el frente. En ellas se detalla con emoción la sorpresa del viajero-soldado ante las trágicas y poderosas escenas que se desarrollan a su paso. Se describen las costumbres, los gustos y las formas de vivir y de luchar de un país que para ellos era totalmente desconocido y diferente, desdibujado por las distintas “leyendas” y anécdotas históricas que circulaban en torno a él. Carlos Santacara señala que estas memorias, cartas, diarios y testimonios escritos que recogen las impresiones de los británicos, no solamente militares, sino también diplomáticos y viajeros corroboran que «en ninguna época de su historia se ha visto tan observada España por ojos extranjeros como durante la Guerra de la Independencia» (Santacara, 2005: 15). Todos esos registros escritos dibujan un escenario de la campaña militar en que se intercalan “experiencias personales” que nos hablan de «las gentes, costumbres y paisajes que conocieron, y describen los pueblos y ciudades por las que pasaron» (Santacara, 2005: 15). La visión de España que relatan y describen los viajeros y protagonistas recrean, en una suerte de «palimpsesto» (Saglia, 2000: 205), parte de la expectativa y responde a los estímulos propios de la sensibilidad romántica. Por una parte, la visión que se nos muestra es exótica, es decir, superficial y llena de los habituales tópicos de gentes y lugares, construida, como hemos visto, a lo largo de una tradición narrativa referida a España. Por otra, exhibe la peculiar trayectoria de la literatura romántica, que acentúa dicha tradición y la vincula a los estereotipos de héroes quijotescos y ciudades habitadas por duendes y donjuanes.

Los testimonios reúnen diferentes impresiones desde el frente por su materia, por su tono y por las variadas reflexiones que suscitan en el cronista la secuencia de los hechos y las emociones que motivan. Para el lector de la época, cada una de las misivas escritas a lo largo del camino van trazando, a modo de guía turística, amén de seguir al hilo de la guerra, todos los escenarios insospechados que presentan el país y sus gentes. Las cartas y partes, entrecruzados entre los oficiales ingleses y entre militares en el frente y sus familiares en Inglaterra, trazan un completo mapa geográfico, pintoresco y vital de España. En muchas ocasiones, la violencia del conflicto queda atenuada por

el asombro, la admiración y la sorpresa que expresan ante lo que ven:

Al desembarcar, paseamos por las calles y plazas de la limpia y bonita pequeña ciudad de Cádiz. Visitamos las murallas y la Alameda, abigarrada de “*frailes grises y blancos, frailes blancos y grises*”, y entramos en varias de las iglesias, las cuales, como todos los lugares de adoración católicos, estaban impregnadas de incienso y cirios. La mayor parte de las paredes estaban cubiertas con cuadros de mediocre valor. Las numerosas pequeñas capillas brillaban con oropel y brocado, mientras los altares mayores de muchas estaban decorados de una manera más sólida, con oro, plata y piedras preciosas [...] (Santacara, 2005: 24)

La descripción de la ciudad de Cádiz, en las memorias del oficial Abraham Crawford, de la fragata Sultán, proyecta un recorrido visual que subraya la limpieza de las calles, su luminosidad, la riqueza de sus ornamentaciones, los olores y sabores y el bullicio alegre de las gentes. La visión de la ciudad desprende un optimismo que esconde el rigor de la guerra. La poderosa raíz de la ilustración y el conocimiento de las técnicas artísticas subyacen a la correcta precisión del retrato en los partes e informes del viajero militar y en los esbozos dibujados por sus acompañantes ilustrados. Fluyen las poderosas corrientes de la sensibilidad romántica y se detienen a contemplar, maravillados, los muros románicos de una ciudad, la campiña que la circunda o las gentes sencillas laborando los campos para no perder la cosecha. Junto al espectro romántico, la sombra de la destrucción.

La valoración que se hace de las gentes es por lo general positiva y laudatoria en la mayoría de las crónicas y memorias. Hay, sin embargo, testimonios de significativos actores de la contienda que revelan un claro desconcierto, disgusto y malestar. Así ocurre con el general Moore en su carta testifical fechada en La Coruña el 13 de febrero, poco antes de morir de sus heridas, en la que hace una personal recapitulación dirigida al ministro de la Guerra británico, exponiendo las desgracias e infortunios que le acompañaron en la acción y en su retirada hacia La Coruña. Dice, en uno de los párrafos, reseñando, con cierta tristeza, el maltrato y nulo apoyo recibido por las gentes del lugar al paso del ejército en su camino hacia la costa.

La gente de Galicia, aunque armada, no hizo ningún intento de parar el paso de las tropas francesas a través de sus montañas. Abandonaron sus casas al acercarnos y se llevaron sus carros, bueyes y todo lo que hubiera servido de la más pequeña ayuda para el ejército. Las consecuencias han sido que los enfermos han tenido que ser dejados atrás, y cuando nuestros caballos o mulas se han debilitado, lo cual, en tales marchas y a través de tal terreno ha sido el caso en gran medida, el equipaje, la munición, almacenes e incluso dinero han tenido que ser necesariamente destruidos o abandonados. (Santacara, 2005: 154)

Mucho más crueles y severas resultan las palabras de Wellington, citadas por Napier, describiendo la falta de valor, la falta de disciplina y capacidad militar de los soldados y oficiales españoles. El malestar de Wellington narrando lo sucedido en la batalla de Talavera, exento de cualquier sentimiento romántico, ejemplifica

un tipo de veredicto situado en el otro extremo de la balanza, que ignora totalmente el levantamiento popular o lo considera una falsificación urdida por mentes enfermas de sentimentalismo, ajenas a la verdadera realidad de la guerra.

Llego ahora a otro tema que requiere consideración [...] Me refiero a lo que tengo que calificar de constante y vergonzoso comportamiento de las tropas españolas ante el enemigo [...] En la batalla de Talavera en la que el ejército español con pocas excepciones no se comprometió, grupos enteros de soldados arrojaron sus armas y se escaparon en mi presencia, cuando ni eran atacados ni eran amenazados con un ataque, sino asustados, pienso, de su propio fuego [...] me refiero a la infantería también es lamentable comprobar lo malos que son los españoles [...] Se dice que, a veces, se comportan bien. Debo reconocer que nunca les he visto comportarse de otra manera que mal [...] Nada puede ser peor que los oficiales del ejército español [...] No puedo decir que sepan hacer las cosas como tienen que hacerse, excepto si se trata de huir y reunirse de nuevo como si fuera normal. Los españoles nunca han tenido ni los efectivos, ni la eficacia, ni la disciplina, ni la valentía o las condiciones necesarias para llevar a cabo la contienda. (Napier, 1992: 381)

Pero de todas estas crónicas e informes indignos, relativos al ejército y al pueblo español, los comentarios del general Napier alcanzan un tono insultante y vejatorio. En muchas ocasiones, sus descripciones de hechos que fueron famosos y aludidos por ser exponentes de virtudes como el valor y coraje, obligan al historiador sir Charles Oman en el prefacio, y a lo largo de su *Historia de la Guerra Peninsular* (1995), a señalar que la inadecuada e inexplicable malquerencia, rayana en el rencor, del general Napier, se debe a su inclinación “pro” francesa, y a una percepción sesgada y excesivamente militarista, malogrando la pretendida objetividad que predica. A modo de ejemplo, traemos aquí su relato de la lucha en Madrid el 2 de mayo:

La conmoción del 2 de mayo fue la precursora de insurrecciones en todas partes de España, y pocas fueron tan honorables para los actores como lo de Madrid. Bribones inmorales jalearon la oportunidad de dirigir las pasiones de la multitud, y, bajo la máscara de patriotismo, se transformaron en furia irreflexiva de la plebe contra quienquiera que les apetecía robar o destruir. Pillajes, matanzas, asesinatos, las crueldades más indignas se cometieron por todas partes, y la bondad intrínseca de la causa se desfiguró por las atrocidades cometidas en Cádiz, Sevilla, Badajoz, y otros lugares, pero principalmente en Valencia, preeminente en la barbaridad en un momento en que todo era bárbaro! (Napier, 1992: 27)

Sin embargo, en una parte yacía el lado oscuro de la guerra, el sufrimiento y la muerte; en la otra, su escritura, su metáfora, su visión poética. Para Walter Scott, la guerra era el pedestal sobre el que levantar y celebrar las virtudes de la lealtad, el honor, el valor y el coraje. En el transcurso de la efemérides, así prefigurada, personajes como Nelson, Wellington y Moore, entre los ingleses, y Castaños, Palafox y Agustina, entre otros de los alzados españoles, fueron elevados a la categoría de héroes épicos porque «[...] a causa de la naturaleza dramática de la guerra: la guerra en sí mismo no fue un drama, pero proporcionó el material dramático» (Watson, 2003: 16). Para Scott, la historia de la Edad Media servía de antorcha para iluminar el conflicto en toda su grandeza, miseria y espiritualidad. Las cualidades del romance y las

realiza es la centralidad que adquiere para los poetas del distrito de los lagos, Wordsworth, Coleridge, De Quincey y Southey, el momento español en la guerra contra Napoleón. Estos poetas, dice Saglia, evaluaron la guerra en la Península en relación con los intereses británicos, y amén del tono épico, “miltónico”, que proyectan en su discurso retórico y en su poesía, reúnen todos los elementos en un edificio imaginativo que construye la historia política y cultural de Iberia. Es decir, la guerra de la independencia se erige en tópico de conversaciones y foros en la sociedad inglesa y en tema central, con fuertes implicaciones, en la poesía de los románticos, dotando a España y a sus habitantes de una homogeneidad cultural, social e histórica que la presenta como una nación consolidada para los demás países. Aún más, España es el modelo, el marco de referencia en el que se reflejan «[...] un repertorio de principios ideológicos y materiales descriptivos, que pueden utilizarse para hablar de la guerra y de sus justificación, como los conceptos de nación, lealtad y libertad» (Saglia, 2000: 10). La Guerra de la Independencia significó para estos poetas, que habían escrito sentidos y vibrantes alegatos en contra de la violencia, la necesidad del conflicto cuando está en juego la defensa de unos valores liberales que, además, encarnaban la esencia del espíritu nacional.

William Wordsworth, que en un principio había acusado a los españoles por haberse rendido a los pies del tirano extranjero, canta el resurgir de este nuevo espíritu de resistencia, «the energy of Liberty» (Wordsworth, 1988: 228), que impulsa en su corazones la creencia en la virtud cívica y la libertad personal:

¿Acaso el corazón es verdadero
solamente en los valles ásperos salvajes?

¿Acaso el hombre alzándose
dominante, terrible y repelente,
perdura entre las rocas y los bosques?

Pero no, no es posible,
si la naturaleza nos fallase
nos quedaría el alma... Porque esto lo supieron
los íberos burgueses
al levantar la espada en Zaragoza,
enfrentados al ventarrón desnudo
del aliento feroz que hay en la guerra.

La verdad fue sentida
por Palafox y muchos compañeros
de noble cuna y pensamiento noble;
por mujeres, por damas de ojos grandes
y sin temor inmensos...
y por los vagabundos que en la calle se encuentran
con el pan de limosna. (1984: 250)

La exaltación de la hazaña con tintes “prometeicos” acentuará su eco en la vena romántica

de un testigo de excepción, aunque ocasional, el poeta y viajero Lord Byron. Byron publica en 1812 su “peregrinación apasionada” en forma de autobiografía, *Childe Harold's Pilgrimage* (*Poetical Works*, 1970). El viaje de Byron hacia el Mediterráneo y el mundo clásico se ve de improviso alterado. El desvío a través de Portugal y España es resultado de las dificultades para realizar su proyecto hacia Constantinopla en el cruce vía Malta, lo que nos da una idea del escaso interés que despierta el conflicto peninsular en el ideario del poeta. En su carta a Henry Drury fechada en Falmouth el 25 de junio de 1809, justo antes de partir, deja claro que el viaje a Portugal es más producto de la contrariedad que de un propósito definido: «El barco de Malta lleva sin salir varias semanas, así que hemos decidido ir vía Lisboa, y, como dicen mis sirvientes, ver “Portingal” (*sic*), desde allí a Cádiz y Gibraltar para retomar la ruta prevista hacia Malta y Constantinopla [...]» (Byron, 1982: 22).

Byron comparte el interés de los poetas románticos de la segunda generación por las culturas del sur de Europa, su simpatía por la gentes y costumbres, lo que llama Marilyn Butler «the Cult of the South» (Butler, 1981: 117). La península es una de esas tierras del sur en el que arraigó y se desarrolló dicha cultura, y ello convence a Byron para realizar el viaje hacia Constantinopla a través de España.⁷ Como veremos en la carta dirigida a su madre, toma precauciones y trata de tranquilizarla con abundantes afirmaciones y garantías de que todo va bien, con bellas señoritas y magníficos paisajes, buen vino, toros, etcétera, es decir, el estereotipo. Por otro lado, los acontecimientos militares entre 1808 y 1809 le cogen por sorpresa, y acentúa su contribución a lo que, en palabras del historiador Jean René Aymes, se percibía como «la mode espagnole propre à l'époque romantique» (Saglia, 2000: 12). Moda que, a pesar de la decadencia en la opinión europea del tema español a partir de 1809, perduró entre los intelectuales ingleses y americanos, atrayendo, más tarde en el tiempo, a ilustres viajeros como Alfred Lord Tennyson y Washington Irving, entre otros.

Una vez arriba a Portugal, Byron, en carta a Francis Hodgson fechada en Lisboa, el 16 julio de 1809, muestra la galería de imágenes y sensaciones que surgen de su fantasía romántica repleta de estereotipos propios del lugar exótico: «[...]hemos seguido nuestra ruta y hemos visto toda clase de escenarios maravillosos, palacios, conventos, [...]», hasta llegar a la exageración e hipérbole que brota, en parte, por la sorpresa real para el viajero y, en parte, por el deseo de satisfacer las expectativas de su interlocutor:

⁷ Esteban Pujals, en su libro: *Lord Byron en España y otros temas byroniano*, hace un detallado seguimiento de este viaje por España, aunque, creemos, presta poca atención al impacto que la guerra y sus héroes y heroínas tuvieron en el poeta.

«Tengo que reconocer que la ciudad de Cintra (sic) en Estramadura (sic) es la más hermosa, posiblemente, del mundo» (Byron, 1982: 22-23).

Continúa la carta a Hodgson, y el tono exultante se detiene en pequeños detalles insignificantes y alejados del rimbombante tono anterior, que rezuman cierta ironía y ofrecen un contrapunto al estereotipo: que le gustan las naranjas, que conversa en latín macarrónico con unos monjes que le entienden dado que es el latín que hablan ellos, que atraviesa el Tagus (sic) a nado, que cabalga en asno y mula, que jura en portugués y eso le da cierto barniz de hombre culto y con dominio de lenguas, que tiene diarrea y que los mosquitos le mortifican. Hay, pues, una cierta ambigüedad en la visión que nos va a proporcionar a lo largo de sus cartas y sus poemas, testimonio de un viajero por tierras extrañas de las que no entiende ni comprende nada excepto lo que “a priori” trae en su bagaje personal e ilustrado.

¡Qué belleza, Lisboa, despliegas a la vista!
 Toda tu imagen flota por tu noble marea,
 que ensalzan los poetas, con arenas doradas.
 Ahora estás cabalgada por mil quillas
 de fuerza poderosa,
 puesto que Albión se alía con tu espuma
 y están los lusitanos orgullosos,
 ignorantes quizá; pero orgullosos...
 Una nación que lame, aunque aborrezca
 la mano de la espada
 por salvarlos blandida,
 de la implacable furia;
 del implacable Galo.

Childe Harold I XVI

Lisboa es una ciudad que despliega sus bellezas escondidas en los versos de los poetas, es una nación amenazada «hinchida de ignorancia y orgullo» que Inglaterra viene a salvar de la ira del inmisericorde señor galo.

Todo lo descrito y cantado en los versos queda resumido por el poeta en carta a su madre, fechada en Gibraltar, cuando está esperando embarcarse para Malta, el 11 de agosto de 1809. La visión romántica decrece en su fervor, y Byron dibuja con mayor artificiosidad y utilizando un registro más formal los inicios de su viaje y su primer encuentro con la península. Aunque no exenta de admiración y sorpresa, la carta exhibe un contraste con su vehemente visión poética.

Partimos de Falmouth el 2 de julio, llegamos a Lisboa después de un agradable viaje de cuatro días y medio, y nos alojamos durante un tiempo en esa ciudad. A menudo se la ha descrito sin que sea digna de mención, porque, si exceptuamos la vista desde el Tajo, que es hermosa, y algunas bellas iglesias y conventos que tiene, las calles son pequeñas y sucias, y los habitantes más sucios aún. Para contrarrestar esto, el pueblo de Cintra, que se encuentra aproximadamente a quince millas de la capital es, en todos los sentidos, el más agradable de toda Europa. Tiene bellezas dignas de considerar tanto naturales como artificiales; palacios y jardines que se alzan en medio

de las rocas, cataratas y precipicios, conventos en lo alto de las colinas desde los que se divisa el mar y el Tajo, y además (aunque ésta es una consideración secundaria) es notable por ser el escenario de la convención de Sir H[ew] D[alrymple] (*sic*). Reúne en sí mismo toda la rusticidad de las tierras altas occidentales con el verdor del sur de Francia. Cerca de este lugar, aproximadamente a 10 millas hacia la derecha se halla el palacio de Mafra, el orgullo de Portugal, como lo podría ser de cualquier otro país, en cuanto a su magnificencia, aunque sin elegancia. Junto al palacio hay un convento en el que los monjes poseen bastantes réditos, son muy atentos y hablan latín, así que pudimos mantener una larga conversación. Tienen una gran biblioteca, y me preguntaron si los ingleses tenían libros en su tierra. (Byron, 1982: 25)

Continúa su carta tranquilizando a su madre acerca de los peligros y fatigas del viaje. Muestra su interés por el país, poco por las gentes, y pone especial acento en la esmerada atención que recibe: «...ya que un noble inglés vestido con el uniforme militar es persona muy respetable en España» (Byron, 1982, 26). Su deseo filial de garantizar que el viaje discurre sin problemas le lleva a incurrir, creemos, en cierta exageración al ponderar los caminos como mejor acondicionados que en Inglaterra: «[...] te aseguro que los caminos (lo aseguro por mi honor aunque sea difícil de creer) son bastante mejores que los mejores caminos en Inglaterra, [...]» (Byron, 1982, 26). Un gran salto cualitativo se produce cuando pone el pie en España, como vemos expresado, primero, por los sobresaltos y exclamaciones de Harold:

¡Jesucristo! ¡Qué vista tan hermosa!
 ¡Qué hizo el cielo soñando en esta tierra!
 ¡Qué frutas en sazón pintan el árbol!
 ¡Qué bendita esperanza se extiende en las colinas!
 El hombre las holló con mano impía...
 Cuando el Omnipotente alce su azote
 contra los indecentes transgresores,
 con su triple venganza
 y con su ardiente aliento
 irá contra las huestes de las langostas galas
 y limpiará la tierra de nuestros enemigos.

Childe Harold IXV

Hay una mezcla de exaltación espiritual y romántica frente a la visión del paisaje que se anuncia como una premonición fatal ante la amenaza urgida por la mano del hombre, en referencia a la invasión francesa. La amenaza cobra tintes alegóricos y bíblicos al ser comparada con la plaga de langostas. Hermosura que compartirá más adelante con otras ciudades y parajes, pero donde el apelativo “delicious” traduce mejor el concepto de exótico y raro que percibe el poeta, más que dotar al término de un sentido estético propiamente. Una falsa manifestación, dado que, para un inglés, y para Byron en particular, no hay nada más bello, a pesar de la metáfora, que pueda superar a su añorada Albión.

La expresión de un tono épico y mítico a un tiempo predomina en su visión del país, en los dos primeros cantos, aunque Byron, reitera la figuración de España

como país del romance y recuerda que el hecho presente es una actualización del pasado:

¡Qué hermosa esta España renombrada y romántica!
¿Dónde está el estandarte que llevaba Pelayo
después de la traición que convocase Cava
para teñir de sangre
arroyos de montaña?

Childe Harold I XXXV 1-4

En su descripción del paisaje, urbano o rural, salvaje y cultivado, mantiene el mismo lazo de unión entre lo físico y lo místico, o espiritual, que caracteriza su visión:

Aparecen los campos de esta España
donde cuida el pastor de su rebaño
que hará que el comerciante haga buen paño...
Ahora el pastar defenderá con saña
a sus corderos, del enemigo extraño
que camina asolando toda España.

Childe Harold I XXXV 5-8

Esta exaltación por la belleza del país es ratificada en las ciudades: «Sevilla es un hermosa ciudad y aunque las calles son estrechas están limpias...» (Byron, 1982, 26), o su paso por Jerez y Cádiz donde encuentra a un viejo amigo escocés que le obsequia con un paseo por las bodegas para degustar el famoso vino y donde, creemos una vez más, incurre en exageración al comparar Cádiz con Londres:

Abandoné Sevilla y cabalgamos hasta Cádiz atravesando una excelente campiña. En Jerez, donde se elabora el sherry, conocí a un comerciante escocés, Mr. Gordon, que se mostró extremadamente cortés concediéndome el favor de visitar sus bodegas, donde pude beber de la misma cuba. ¡Cádiz! ¡Dulce Cádiz! Es la más hermosa ciudad en la que he estado, muy diferentes de nuestras ciudades inglesas en todos los sentidos excepto en la pulcritud (y está tan limpia como Londres). (Byron, 1982: 31)

La voz poética se torna mucho más romántica, personal y dominada cuando se encuentra con la mujer española. En carta a su madre, preocupada por los desvaríos del hijo, el poeta trata de sosegarla con el señuelo del amor femenino encontrado. Para ello, usa y abusa del estereotipo de la mujer española como mujer hermosa de ojos negros y convicciones ligeras, una dama propia del romance caballeresco a imagen de Ginebra o la “sin par” Dulcinea. En Sevilla:

Son mujeres de mucho carácter. La mayor es una mujer muy elegante, y la más joven, aunque es hermosa, no es la clase de tipo que tiene Doña Josefa. Me ha llamado no poco la atención la libertad de que gozan, en general, las mujeres, y a lo largo de mi observación más detallada comprobé que la discreción no caracteriza a las bellas españolas. En general son hermosas, con grandes ojos negros y suave silueta. La mayor honró a vuestro indigno hijo con especial atención, abrazándolo con gran ternura en la despedida (sólo estuve ocho días) después de cortar

un mechón de mi cabello, y ofreciéndome otro del suyo que medía tres pies. Os lo envió con el ruego de que lo guardéis hasta mi regreso. Sus últimas palabras fueron: “Adiós, hermoso. Me gustó mucho. (Byron, 1982: 26)

En Cádiz, «repleta de las mujeres más hermosas de España; las bellas de Cádiz son en su tierra como las brujas de Lancashire en la suya» (Byron, 1982: 26), la aventura amorosa aún es más complicada, ya que la dama en cuestión está comprometida, y, aun así, espera al amante y a Don Juan:

[...] la muchacha es muy bonita al estilo español. En mi opinión, en nada inferior a las inglesas en cuanto al encanto y, ciertamente, superior en la fascinación. El pelo negro y largo, los ojos oscuros de mirada lánguida, el cutis de un claro verde oliva, y los andares con un movimiento más elegante que el que un inglés puede esperar, acostumbrado al aire apático y soñoliento de sus paisanas. A todo ello, se añade un vestido de lo más prometedor, que, aun siendo al mismo tiempo el más decente en el mundo, hace que una belleza española sea irresistible. (Byron, 1982: 26)

En primer lugar, dibuja el perfil habitual, no por menos esperado, del estereotipo de la mujer morena, progresando en la descripción desde la mirada, el color y suavidad de la piel, el aire alegre y desenvuelto, la fascinación y encanto que irradia, destacando la diferencia con la mujer inglesa. Termina con una breve alusión al vestuario simple, atractivo y adecuado al ritmo de la dama. En cuanto al carácter, continúa Byron, es abierto e inofensivo ante cualquier piropo o propuesta por parte del interlocutor, aunque hay una cierta exageración cuando afirma que la intriga es “el negocio de la vida” ya que cuando una mujer se casa pierde todo pudor y compostura. El juego del amor es más sencillo y la mujer se deja abordar, pero no hasta el punto que el narrador estima. Sigue Byron ampliando aspectos de este juego del amor al que se presta la mujer morena confundiendo simpatía y aprecio con falta de principios y lujuria. En realidad, su fantasía romántica le lleva a recrear el estereotipo, acomodándolo a sus deseos y a las expectativas de su madre. Esta tendencia a construir falseando para responder a un cliché y a una expectativa artificial es una pose habitual en los escritos de los poetas cuando se refieren a España y a los españoles.

II

El Sitio de Zaragoza

Sin embargo, de entre todos los hechos y personajes que recorren los informes militares y los diarios de viajeros, el primer Sitio de Zaragoza y la gesta de Agustina de Aragón, y otros héroes y heroínas, tuvieron una resonancia enorme, tanto en la opinión pública y política en Inglaterra como, especialmente, en el imaginario de los

poetas. Oigamos el vibrante elogio y panegírico de la hazaña por parte de Wordsworth:

El Gobierno de España nunca debe olvidarse de Zaragoza. Nada es más deseable, para producir los mismos efectos en cualquier lugar, que poseer un espíritu de líder como el que bendijo a esta ciudad. Al final, la contienda demostró que Zaragoza reunía los cuerpos de hombres y mujeres de todas partes de España. El relato de los dos Sitios debe ser el manual de cada español, que puede agregar a las antiguas historias de Numancia y Sagunto, y dormir sobre el libro como almohada. Y si es un ferviente devoto de la religión de su país, que lo cuelgue en su pecho sobre el que repose como si fuera un crucifijo. (Wordsworth, 1988: 241)

De entre todos los que aquí vamos a comentar, destaca el cumplido relato del diplomático Charles Richard Vaughan, testigo de excepción de los primeros días de la rebelión, que anotó con cuidado detalles y anécdotas en un sucinto diario, *Viaje por España*, en el que se incluyen sus viajes por la península, y un relato del Sitio de Zaragoza.⁸

Vaughan llega a España el 9 de agosto de 1808, en plena euforia por los primeros hechos victoriosos del alzamiento. Por eso, al comienzo de su diario ya advierte del excesivo júbilo de los alzados, falto de prudencia y de cautela, ante un enemigo poderoso que ha sido levemente tocado por esas escaramuzas, que, aunque heroicas, han dejado intacta la fuerza del gigante. No pudo comprobar la verdad de su advertencia, ya que se marcha de España en diciembre del mismo año y Napoleón llegaba pocos días antes, el 29 de noviembre, al frente de la “Grande Armée”.⁹ Vaughan se hace eco en sus diarios de todas las manifestaciones populares a favor de los ingleses y mantiene las perspectivas propias del viajero que ya hemos visto antes.

Su periplo se inicia el 2 agosto; embarca en Falmouth y desembarca el 9 de agosto, de manera que todo el primer capítulo de su diario, referido a los acontecimientos anteriores a la guerra: el motín de Aranjuez, la rebelión contra Godoy y la huida de los reyes a Bayona son narrados por referencias de otros. Mezcla estos datos con la descripción contemporánea de los lugares que va visitando. El 25 de agosto sale de La Coruña acompañando a Mr. Stuart y llega hasta Santiago. Describe la ciudad que ve y la ciudad histórica, como hará en el resto de su narrativa, para lo cual se sirve, una

⁸ Vaughan escribió un primer relato del Sitio de Zaragoza que tuvo gran éxito en la prensa británica, por lo que se decidió a incluirlo como un epílogo a su diario. Vaughan se comprometió a donar las ganancias de su publicación para ayudar a las víctimas del segundo sitio, a instancias de su amigo el general Doyle: «[...] que manifiesta las terribles penalidades a las que se vería expuesto el pueblo de Zaragoza en un segundo sitio y ruega me interese en abrir una suscripción pública para conseguir socorros para él [...] no encontrando mejor solución que narrar los hechos heroicos de los que fueron protagonistas» (Vaughan, 1809: iv). En la traducción y edición de Manuel Alonso Rodríguez, se incluyen el Diario (69-210) y el relato del Sitio de Zaragoza (211-225).

⁹ Vaughan volverá a Cádiz en 1812 como embajador inglés, y también será testigo de primera mano de la elaboración de la Constitución Española en las Cortes de Cádiz.

vez más, de obras de referencia, que utilizaría en su redacción final, de vuelta en Inglaterra.¹⁰ Pasa por Lugo, Valladolid y, el 16 de septiembre de 1808, llega a Madrid, cuatro meses después del alzamiento. Al igual que en los casos anteriores, cuenta los sucesos del 2 de mayo de manera retrospectiva. El 24 de septiembre, sale de Madrid para asistir a la reunión de la Junta Suprema Central de España en Aranjuez, y el 16 de octubre, sale de Madrid en dirección a Zaragoza en compañía del general Doyle y el teniente Cavendish; llegan a Torremocha a las 2 de la tarde del día 17, y en torno al 20 de octubre llegan a Zaragoza, justo dos meses después de terminado el sitio. Aquí describe la ciudad y los alrededores; el 30 de octubre, sale de Zaragoza, camino de Ejea, Sádaba y Sangüesa en compañía de Palafox, el duque de Villahermosa, Doyle y el cura Sass (sic). El 5 de noviembre, llegan al cuartel general de la Junta de Tudela para asistir a las deliberaciones de guerra; y el mismo día se embarcan por el Canal de Aragón con dirección a Zaragoza. El 27 de noviembre, sale hacia Madrid con despachos para Mr Stuart, y de allí a La Coruña y a Inglaterra.

La tipología de las descripciones que Charles Vaughan realiza en su viaje puede servirnos como marco de referencia para considerar las del resto de viajeros y soldados. Las podríamos catalogar sucintamente en retrospectivas, aquellas referidas a acontecimientos de carácter político e histórico ocurridos en España con la monarquía, las tensiones con Napoleón, la sublevación del pueblo contra Godoy en el motín de Aranjuez, o las referidas a acontecimientos de la Guerra de la Independencia. También, las descripciones que evalúan los acontecimientos y reseñan los distintos movimientos liberales y políticos que rodean todo el entramado de la guerra. El grupo más abundante lo componen las “figurativas”, sentimentales, románticas y personales en torno a las personas que conoce a lo largo de su viaje, y que testimonian su afecto o rechazo. Están aquellas que detallan el entorno y, que referidas a monumentos, campos, clima, etcétera, tienen un carácter más enciclopédico. También presta atención al estilo y, en algunas descripciones, se aprecia un cuidadoso uso del lenguaje, la metáfora y el atributo. Finalmente, son de enorme importancia aquellas expresiones en las que se refleja su “sensibilidad romántica”, por el tono pasional que vibra en la visión de las personas y los paisajes. Para un espíritu liberal, como el de Vaughan, es importante el concepto de que la guerra y los valores del coraje, arrojo, justicia, ecuanimidad, humanidad y generosidad no son aquí exhibidos por los príncipes, reyes ni héroes caballerescos, sino por gente humilde y sencilla.

¹⁰ Como el mismo Vaughan señala en su epílogo al relato del Sitio de Zaragoza, fue a entrevistarse con el general francés Lefebvre a la ciudad de Cheltenham, donde el Gobierno británico lo mantenía como preso de guerra. Su objetivo era contrastar el punto de vista de los sitiadores con el resto de la documentación.

Una muestra de todo lo dicho la hallamos en su relato del Sitio de Zaragoza. Vaughan inicia su *Narrative* de un modo contundente desde el punto de vista geográfico e histórico: «Zaragoza, capital del reino de Aragón, está situada en el valle del Ebro, a la orilla derecha de ese río, con un barrio sobre la orilla izquierda, unido con ella por un puente de piedra» (Vaughan, 1809: B), haciendo referencia al puente romano que cruza hacia el barrio del Arrabal. Sigue situando el valle entre montañas.

Aunque las montañas están distantes, la ciudad, sin embargo, está dominada por un terreno elevado llamado el Torrero, a una milla aproximadamente al suroeste, en el cual hay un convento y otros edificios de menor importancia. El Canal de Aragón, sobre el cual hay un puente, separa el Torrero de otra elevación, donde los aragoneses instalaron una batería previamente al sitio. (Vaughan, 1809: B-2)¹¹

Indica que las murallas «parecen que fueron construidas sólo con el propósito de facilitar el cobro de impuestos sobre todos los artículos traídos a la ciudad para su venta» (Vaughan, 1809, 2), es decir, poco útiles desde el punto de vista defensivo. Sigue describiendo el perímetro de la murallas e indica que tiene nueve puertas, de las que actualmente se aprecia la de El Portillo y se conserva, como testigo visible y mudo de la contienda, la Puerta del Carmen, en el paseo de María Agustín, otra heroína del los Sitios.

En la misma línea que Vaughan, Charlotte M. Yonge, en “Agostina of Zaragoza”, en su relato también describe la ciudad prestando atención a los mismos elementos, aunque completa con otros. Indica su situación en una llanura bañada por el río Ebro y rodeada de montañas, dominada por el alto de Torrero. Indica que el río tiene dos puentes, uno de ellos de “madera” (*sic*) y de una excelente hechura; el agua es roja y parece sucia, pero, cuando se deja en reposo, se aclara y es excelente para beber. Añade que la ciudad fue fundada por Augusto, que aquí se apareció la virgen María a Santiago el Mayor sobre un pilar; de ahí que las mujeres del entorno lleven este nombre. La iglesia es un centro de peregrinación para los aragoneses al igual que la tumba de Santiago lo es para los castellanos. Los servicios religiosos se celebran alternativamente en las dos catedrales que tiene la ciudad (Yonge, 1864: 284-289).

Resalta el hecho de que los aragoneses son gente de gran fe, que, como veremos, corrobora Robert Southey en *The Siege of Zaragoza* (1808),¹² y añade que el carácter de las gentes es muy vulgar. Los hombres parecen indolentes y perezosos, fumando

¹¹ En el barrio de Torrero se localiza, hoy día, un convento franciscano dedicado a San Antonio de Padua, separado del parque de El Cabezo, la otra altura que se describe separada por el Canal de Aragón. El pico de Torrero y el Cabezo son las dos únicas elevaciones acechando a la ciudad desde el suroeste

¹² Aquí utilizaremos la edición de Jacob Zeitlitz en la que se incluye el relato del Sitio.

cigarritos a la puerta de sus casas, mientras que las mujeres sólo salen a la calle cubiertas con la mantilla negra de seda para ir a la iglesia. Los franceses siempre consideraron que era el sitio más aburrido que habían conocido y minusvaloraron a sus habitantes; de ahí parece deducirse su sorprendente derrota a manos de los aragoneses (1864: 284). Se inicia a continuación el relato del sitio en unas fechas que no coinciden con las de Vaughan. Dice que Lefebvre fue enviado a sofocar la rebelión en Aragón, y que los días 13 y 14 de junio persigue a los sublevados que se refugian en Zaragoza; el 27 de junio se inicia el sitio, mientras que Vaughan da el día 25 de mayo como el inicio del asedio. En su relato del sitio, Yonge detalla los hombres, las armas y la logística de la batalla, mencionando a Palafox como «[...] un noble español que había sido guardia de la Casa Real, tomó el mando de la guarnición» (Yonge, 1864: 286), aunque presta especial atención a la heroínas.

Robert Southey, en su narrativa *The Siege of Zaragoza*, considera que lo ocurrido en el asedio fue determinante para lograr el apoyo del Gobierno y la opinión británica: «[...] su causa obtuvo mayor fama y apoyo a raíz de la defensa de Zaragoza» (Zeitlix, 1916: 365). En su relato describe la ciudad en los mismos términos que los anteriores, y añade que sus fortificaciones son tan endebles que no habrían podido resistir un asedio de no ser porque «su coraje fue sostenido por el virtuoso y sagrado principio del deber» (Zeitlix, 1916: 369). Menciona el río Ebro y su agua excelente en los mismos términos que Yonge y describe la aparición de la Virgen María al apóstol Santiago y, aunque ha sido motivo de superstición bajo la presión del francés «[...] desaparecieron la escoria y el oropel y permaneció el oro puro de su fe» (Zeitlix, 1916: 369). Para la sensibilidad romántica, y tratándose de un poeta de espíritu conservador, como era Southey, el valor es señal de un trasfondo superior que viene amparado por el apoyo de la Providencia.

Se levantó el ánimo de la gente al descubrir un depósito de armas escondido en la Aljafaria (sic); posiblemente había sido enterrado allí en secreto durante la Guerra de Sucesión, cuando uno de los bandos rindió la ciudad a los enemigos, y su descubrimiento en tiempos de tan gran necesidad fue considerado por los zaragozanos como una manifestación de la divina Providencia en su favor. (Zeitlix, 1916: 366)

Un detalle que llama la atención es el registrado por Vaughan y otros cronistas acerca de la explosión de un polvorín en la calle Coso que produjo una auténtica masacre. Charlotte Yonge y Robert Southey son los dos únicos que hablan de la intervención de un traidor en este hecho.

[...] algún traidor había entre ellos, porque la noche del 28, explotó el polvorín del centro de la ciudad, destruyendo catorce casas y matando a doscientas personas. Al mismo tiempo, evidentemente preparados para aprovechar el momento de confusión, los franceses atacaron tres de las puertas, y un terrible bombardeo se inició desde Torrero, estallando los proyectiles por todas partes entre los ciudadanos, que se esforzaban en la oscuridad por sacar a sus amigos de entre las casas en ruinas. (Yonge, 1864: 286)

También Southey hace referencia a la traición y las consecuencias que se derivaron de la evidencia.

En la mañana de aquel día fue detectado un sujeto saliendo de la ciudad con cartas para Murat. No fue hasta mucho después de que varias pruebas y actos de traición se hubieran detectado, que los zaragozanos mantuvieron bajo vigilancia a los residentes franceses y a otras personas sospechosas (Zeitlitz, 1916: 375-376).

Los hechos heroicos del sitio de Zaragoza eran, como hemos visto por la alusión a Palafox, bien conocidos en toda España. Los personajes que los protagonizaron son reconocidos en varias partes y correspondencia, de manera que Charles Vaughan en la entrada de su diario correspondiente al día 19 de octubre comenta la llegada del general Castaños a Zaragoza para inspeccionar la ciudad, las tropas y el dispositivo militar, evaluando la capacidad defensiva de la ciudad. Entre otros asuntos que anota Vaughan, se refiere a Agustina de Aragón, a quien Jacob describe así al serle presentada en Sevilla.

Voy a darte cuenta ahora de una mujer a quien fui introducido por el general Doyle, y que ha dado mucho que hablar en España por su comportamiento decidido en el sitio de Zaragoza, donde se dice que su heroica conducta contribuyó a prolongar la defensa. En esta ciudad se la conoce por el nombre de zaragozina (sic). Tiene el mando de teniente en el ejército y se dice que es un oficial excelente. Su aspecto es suave y femenino, su sonrisa agradable, y su cara, la última que se le atribuiría a una mujer que ha conducido tropas a través de sangre y carnicería, y apuntado el cañón al enemigo mientras su marido (un artillero) yacía muerto a su lado entre sus compañeros. Usa faldas y un amplio abrigo militar con una chaqueta dorada. Ataviada de esta manera tiene un aspecto muy militar. (Santacara, 2005: 225)

La atención del observador se centra en los detalles militares y masculinos de la mujer, aunque aligera su descripción calificando su aspecto de “suave y femenino”. Los rasgos realistas contrastan con el modo más épico y vibrante en los versos de Byron, en los que se aprecia de un modo más radical la transformación de la amante seductora en amazona combativa. La descripción de Vaughan, por el contrario, es mucho más humana y vital.

Aquí fue donde una mujer llevó a cabo un acto de heroísmo sin apenas paralelo en la historia. Agustina Zaragoza, de unos veintidós años de edad, mujer bien parecida, perteneciente a la clase inferior del pueblo, mientras cumplía con su deber de llevar bebidas a las puertas, llegó a la batería del Portillo en el preciso momento en que el fuego de los franceses había destrozado absolutamente a todas las personas que se encontraban allí. Los ciudadanos y los soldados vacilaron por un momento en volver a la carga en los cañones. Agustina se abalanzó por encima de los heridos y muertos, arrebató la mecha de la mano de un artillero muerto y disparó un cañón del veintiséis, y saltando se sentó sobre la pieza, juró solemnemente no abandonarla viva mientras continuara el sitio, y habiendo enardecido con su osada intrepidez a sus paisanos hacia un nuevo esfuerzo, todos se precipitaron hacia la batería y abrieron un tremendo fuego sobre el enemigo. (Vaughan, 1809: 15-16)

Se hace referencia al Portillo, una de las nueve puertas de Zaragoza que, junto con la puerta del Carmen, son las dos que se mencionan en la resistencia a los bombardeos;

respecto a la mujer, se hace observar su juventud, su baja extracción social, su deber de llevar agua y alimento a los artilleros, ausente toda alusión a parentesco alguno con el artillero muerto, y su arrebató heroico. Dentro de este elenco de personajes que ejemplifican la acción épica y valerosa, es llamativa la figura enigmática del cura Sass (*sic*) ejerciendo de confesor, lugarteniente de Palafox y jefe de guerrilleros:

No se debe pasar por alto en esta narración un personaje que apareció durante el sitio de Zaragoza. En todas aquellas partes de la ciudad en que el peligro era más inminente y los franceses más numerosos, allí estaba el padre *St. Iago Sass*, cura de una parroquia de Zaragoza. Cuando el general Palafox hacía sus rondas por la ciudad, a menudo encontraba a *Sass*, bien desempeñando el papel de sacerdote, bien el de soldado. Otras veces administrando el sacramento a los moribundos, y otras, combatiendo con determinación contra los enemigos de su país. Por su carácter enérgico y su valentía poco común, el comandante en jefe depositó en él su total confianza durante el sitio; siempre que había que hacer algo difícil o peligroso, el elegido para llevarlo a término era *Sass*. Así, la introducción de una provisión de pólvora, tan esencial y necesaria para la defensa de la ciudad, fue llevada a cabo por este clérigo del modo más impecable a la cabeza de cuarenta de los hombres más bravos de Zaragoza. Era capaz de inspirar a la gente piadosos sentimientos y de liderarlos al peligro. Por esa razón, el General le había puesto en un lugar en el que la piedad y el coraje fuesen útiles como siempre. Ahora es capitán del ejército y capellán del comandante en jefe a un tiempo. (Vaughan, 1809: 27-28)

Contrasta este vibrante tono descriptivo que anima la personalidad del cura Sas con la fortaleza, empeño, delicadeza, belleza y encanto que rodea la figura de la condesa de Bureta, prima de Palafox, en su desinteresado y patriótico propósito.

El espíritu desplegado por los hombres fue secundado de la manera más admirable por las mujeres de Zaragoza. La condesa de Burita (*sic*), una señora de gran alcurnia en el país, formó un cuerpo de mujeres para el alivio de los heridos, y con el propósito de llevar provisiones y vino a los soldados. Muchas personas en Zaragoza, cuya fiabilidad esta fuera de toda duda, declararon haber visto, con frecuencia, a esta mujer joven, delicada y bonita, atender con serenidad los deberes que se había impuesto en medio del más tremendo fuego de disparos y proyectiles. Incluso fueron incapaces de percibir, desde el primer momento en que intervino en cada uno de los escenarios, que la idea de peligro produjese en ella el más mínimo efecto, o la disuadiese de su benévolo y patriótico propósito. (Vaughan, 1809: 28-29)

Diferente es la impresión que produce en el viajero el porte y la elegancia de Palafox, que le lleva a una pincelada donjuanesca, breve y precisa, hasta reconvertirlo en héroe. Bien es cierto que parece aludir a su impericia en asuntos militares e intuye su escaso estímulo en la causa patriótica:

Este distinguido noble, de unos treinta y cuatro años de edad, de mediana estatura, de ojos vivos y expresivos, muestra en todo su porte que es un hombre bien educado y acostumbrado a la mejor sociedad. Cuando don José Palafox asumió el mando en Aragón, tenía escaso conocimiento de los asuntos militares, ya que, aunque siempre había pertenecido a la Guardia española, nunca había prestado servicio activo. La mayor parte de su tiempo lo había pasado en la disipación de Madrid, donde se había ganado no poca reputación gracias al realce y elegancia de su presencia. (Vaughan, 1809: 4-5)

Charlotte Yonge también hace un recorrido por el escenario del Sitio, destacando el papel de las heroínas en la resistencia. En su descripción de la condesa de Bureta

mantiene los rasgos básicos de Vaughan, aludiendo a su belleza, delicadeza, empeño, resaltando también su espíritu organizativo:

La condesa de Burita (*sic*), una joven y hermosa mujer, agrupaba a las mujeres en una compañía organizada que llevaba vino, agua y alimentos a los soldados que estaban de guardia, aliviando a los heridos, y en el transcurso del sitio su perseverancia y coraje nunca desfalleció; siempre se la veía en los sitios más expuestos al fuego del enemigo, llevando consuelo y alivio dondequiera que estaba entre los soldados más castigados por el fuego. (Yonge, 1864: 286)

Entre las heroínas, Yonge, es la única en incluir una referencia a las Hermanas de la Caridad de Santa Ana, cuya congregación fue fundada por la Madre Rafols para atender a los enfermos en el Hospital de Gracia de Zaragoza y que están presentes, con gran arrojo y generosidad en la ayuda a los heridos, en el asedio a la ciudad: «Las monjas se convirtieron en enfermeras para los enfermos y heridos, preparaban la munición, que era transportada hasta los defensores por muchachos del lugar» (Yonge, 1864: 286). Introduce a Agustina en el escenario habitual de los demás narradores, con los franceses atacando las tres puertas e iniciando el bombardeo de la ciudad desde Torrero. En El Portillo, dice, la carnicería es grande y casi todos estaban muertos:

En ese instante, llegó una de las mujeres que llevaban bebidas. Su nombre era Agostina (*sic*) Zaragoza. Era una mujer de buen aspecto, de unos veintidós años, y mostraba un espíritu decidido. Vio que la gente dudaba en avanzar para cubrir las defensas donde les esperaba una muerte segura. Dando un salto hacia delante cogió la tea de la mano de un artillero muerto, y disparó el cañón del veintiséis, y sentándose encima de él declaró que estaría a su cargo el resto del sitio. Y mantuvo su palabra. Ella fue la heroína del sitio entre las heroínas. Se la conoce como la dama de Zaragoza, aunque parece que era la viuda de un artillero muerto en el asedio, y que continuó sirviendo al cañón no sólo por patriotismo, sino porque de esta manera podría conseguir provisiones para sus hijos pequeños, que de otro modo hubieran muerto de la hambruna que comenzaba a reinar. Si esto desmerece el romance, nos parece que añade algo a la belleza y la feminidad del carácter de Agustina, que por amor a sus hijos arriesgase su vida en la más peligrosa hazaña, tomando el lugar de su marido muerto. (Yonge, 1864: 287)

La principal diferencia con los anteriores, además de notar el valor y coraje de la heroína, es la claridad con la que establece la relación familiar, destacando su lealtad como una amante esposa y el interés materno por procurar la supervivencia para sus hijos. No sólo dispara el cañón, sino que toma posesión del mismo y se declara artillera para el resto de la contienda, tal como vimos en Vaughan. Del mismo tenor es el retrato que Southey nos dibuja de Agustina, resaltando su juventud, su valor, su presencia de ánimo, el disparo del cañón y su firme propósito de mantenerse en el puesto:

Agustina Zaragoza, una hermosa mujer de clase baja, de unos veintidós años, llegó a la batería con bebidas, justo cuando ningún hombre vivo las defendía, tan tremendo era el fuego de los franceses sobre la posición. Por un momento, los asediados dudaron en cubrir las defensas de los cañones. Fue entonces cuando Agustina, saltando por encima de moribundos y muertos, agarró una tea de la mano de un artillero muerto, y disparó el cañón del veintiséis, y saltando encima de él juró solemnemente no abandonarlo viva durante todo el sitio. Una visión así no pudo sino animar con intrépido coraje a todo aquel que lo presencié. (Zeitlitz, 1916: 375)

El Sitio y sus circunstancias cautivaron, como hemos visto, a los poetas. Byron, el poeta viajero, se sintió subyugado por la acción de Agustina, y dedica cinco estrofas de su canto primero a resaltar la virtud, el valor, el amor y gallardía de la mujer. Esta gesta rompe su imagen, tantas veces reflejada, de la mujer española de ojos negros y seductores. El estereotipo se transforma y Venus adquiere la figura de Minerva retando a Marte en sus propios dominios, «acecha el paso de Minerva donde tiembla el poder de Marte» (*Childe Harold* I LIV 9). Surge la amazona, la guerrera, el bastión infranqueable, y el poeta, sobrecogido, enhebra los versos más bellos posibles en su honor.

Escuchad; sorprendeos de su historia...
La hubierais conocido en horas dulces,
con su mirada oscura, burlona en la mantilla
y escuchado su voz
en el rincón del patio...
O admirando sus rizos
que largamente retan la mano del pintor.
Su silueta elegante desbordando
la gracia femenina,
porque apenas habrías sospechado
que la torre inmortal de Zaragoza
seguirá sonriendo
ante la fiera faz de la Gorgona y cerrando las filas
iniciará la caza de la Gloria.

Está su amante hundido: no vierte ni una lágrima.
Está su jefe muerto y en lugar más trágico.
Sus compañeros huyen; se asume la tarea...
el enemigo escapa, pero ella
encabeza la hueste que se alza.
Y... ¿Quién puede aplacar igual que ella
al posible fantasma de su amante?
Y... ¿Quién puede vengar
la caída del líder?
¿Qué se recobra cuando
la esperanza del hombre está perdida?
¿Quién grita con fiereza
al francés, que ya huye
derrotado por manos femeninas
ante un muro rotundo y destrozado?

Las damas españolas,
que las artes de amar bien se conocen
no son sin duda alguna
Amazonas de raza...
Aunque alzadas en armas emulen a sus hijos
y en falanges terribles se atrevan al avance...
No son más que unas fieras ternuras de paloma
que pican en la mano que vuela al compañero
en la firmeza dulce, por encima
de las lejanas hembras, famosas por su charla.

¡Qué nobles sus espíritus!
Sus encantos, sin duda, igual de grandes.
Childe Harold ILV – I LVII.

Byron confirma su interés por el perfil romántico y heroico de la efeméride en un cuidadoso balance, propio del ideario del romanticismo inglés, entre la gesta épica del Cid y la disparatada aventura de Don Quijote. En el transcurso de este viaje nostálgico y sentimental lo relevante para el viajero es el encuentro con lo excepcional humano, con las raíces de un mundo desaparecido en el que la fama se alcanza mirando a la muerte cara a cara.

Finalizado el camino, serán los versos de Wordsworth los que nos recuerden la transitoriedad de la fama y la voracidad del olvido. Frente a la incuria y desmemoria, la pertinencia del recuerdo y el elogio personal:

¿Dónde está Palafox? ¿Por qué se callan
las lenguas y las plumas
ignorando su tumba; hasta su vida.
¿Ha cabalgado el barco las crestas de las olas?
¿Ha sido ya engullido lejos de la costumbre
de la Naturaleza compasiva y humana?
Una vez más pretendo, Campeón, aclamarte,
porque estás redimido y tú confundes
a ese imperial Esclavo...
y es que por toda Europa tú levantas
el ánimo a los hombres
y la esperanza está recién nacida.
Porque está ilimitado el poderío
del martirio, la fuerza y el derecho.
¡Escucha los rumores de tu patria triunfante!
El Eterno, que mira, se sonríe
porque tu espada brilla y centellea,
igual que su relámpago,
por encima de nubes y montañas,
de altivas fortalezas
y riberas de todos sus arroyos. (Wordsworth, 1984: 252-253)

O el cántico universal de Temple al arroyo de un pueblo que labrará un sendero de orgullo y enseñanza para las generaciones venideras:

¡Zaragoza valiente!
Aunque tu sol se ha puesto,
España jamás debe
olvidar tus noblezas.
Y mientras el esclavo
mercenario de Francia,
se queda en tus llanuras desoladas y tristes,
el momento salvaje,
horrible y combativo, se vuelve carmesí,

y el poder feroz de la venganza
 reina en la geografía.
 Todas las lenguas, todas,
 pronunciarán tu nombre.
 ¡Tú serás la guerrera palabra del soldado!
 ¡Zaragoza valiente!
 ¡Zaragoza, cumpliste tu destino!
 ¡Tu memoria por siempre
 habitará los pulsos de todos los patriotas!
 Cuando pasen los años; cuando ya esté este día
 - de tinieblas y de sangre- cuajado de tormentas,
 mirándonos de lejos... Y se narre la historia
 de estas horas de angustia,
 se llenarán de asombro al escucharla
 los oídos de todos, como escuchando cuentos.
 Los héroes de hoy en día se llenarán de orgullo,
 al saber de la lucha, de la muerte
 y de valor de todos sus ancestros.
 Vivirán tus agravios en múltiples hazañas,
 y ofrecerán, sin duda nuevamente,
 la llama de tu temple ya sabida. (Temple, 1812: 16)

El rápido recorrido por los hechos y personajes que pueblan la guerra española de independencia, tal y como lo perciben los poetas románticos, nos ha mostrado la fortaleza y vigor de la condición humana en situaciones extremas. La sensibilidad romántica impregna con su retórica de exaltación y alabanza a poetas, viajeros y soldados. Dejándose llevar por ese impulso irrefrenable construyen un puente imaginativo entre el hecho real y su percepción. Hemos dejado para el final dos visiones que rompen este tono romántico y sirven de contrapunto a lo dicho hasta aquí. En primer lugar, la visión del soldado, que nos trae, igual que al principio, las miserias de la guerra, el contrapunto al héroe, tal y como hallamos en el diario de un soldado en la Guerra de la Independencia, en cuyo lamento queda alterada, momentáneamente, la noble aventura del guerrero:

En esta ocasión estaba en un puesto de retaguardia descansando de la batalla con cuatro más. Nos ordenaron machacar galletas y hacer un pienso con ellas para los lebreles de Lord Wellington. Yo estaba hambriento, y pensé, sin embargo, que era una buena faena a tenor de la ocasión, ya que comíamos al tiempo que machacábamos las galletas, algo que no había hecho en muchos días. Mientras realizaba esta tarea, la imagen del hijo pródigo siempre estaba presente en mi mente, y suspiraba, al alimentar a los perros, considerando mi pésima situación y mis arruinadas esperanzas. (Watson, 2003: 121)¹³

¹³ *Journal of a Soldier of the 71st Regiment during the War in Spain.*

En segundo lugar, las agrias palabras del general Napier que, una vez más, traducen su escepticismo, su desconfianza y su desprecio por todo ese mundo de ideales nobles, de valores sublimes y de sentimientos generosos. Sin embargo, su opinión negativa corrobora nuestra tesis acerca de la importancia que tuvo la sensibilidad romántica a la hora de considerar, valorar y apreciar los actos y personajes que pueblan la guerra peninsular:

No he tratado de esas historias románticas que circulan de mujeres que convocan a las tropas y las lideran en los momentos más peligrosos del asedio, en parte, en beneficio de la duda; y aunque, obviamente, no es del todo improbable que rodeadas repentinamente de tanto horror la delicada sensibilidad de las mujeres, arrastradas por una suerte de locura, pudo dar lugar a actos que superasen el heroísmo de los hombres, dado que su paciente sufrimiento y su gran fortaleza es reconocida por todas las naciones. Sin embargo, ni me creo totalmente, ni niego por igual las exageraciones de Zaragoza, simplemente señalaré que desde entonces España ha proliferado con heroínas procedentes de aquella ciudad, medio uniformadas y cargadas con armas (Napier, 1992: 70-71).

Referencias bibliográficas

- BAINBRIDGE, S. (2003), *British Poetry and the Revolutionary and Napoleonic Wars: Visions of Conflict*, New York: Oxford University Press Inc.
- BEATTIE, W. (1849), *Life and Letters of Thomas Campbell*. Vol II, London: Edward Meson.
- BUTLER, M. (1981), *Romantics, Rebels and Reactionaries. English Literature and its background 1760-1830*, Oxford: O.U.P.
- BYRON, G. G. (1970), , Ed. Frederick PAGE. Oxford: O.U.P.
- ____ (1982), *Selected Letters and Journals*, ed. Leslie A. MARCHAND, Harvard University Press: Cambridge, Mass.
- COLLEY, L. (1992), *Britons: forging the nation, 1707-1837*, New Haven & London: Yale U.P.
- ESDAILE, CH. (2006), *La Guerra de la Independencia: una nueva historia*, Barcelona: R.B.A.
- FRASER, R. (2006), *La Maldita Guerra de España. Historia Social de la Guerra de la Independencia. 1808-1814*, Barcelona: Crítica.
- HARDY, TH. (1916), *The Dynasts*. London: Macmillan.
- HEMANS, F. D. B. (1897), «England and Spain; Or, Valour And Patriotism», en *The Poetical Works of Mrs. Hemans: with prefatory memoir, notes, etc.,*. London: Frederick Warne and Co.; Edinburgh Morrison and Gibb.
- KNIGHT, H. G. (1809), *Iberia's Crisis, a fragment of an epic poem, in three parts*. London: W. Miller.
- LOCKHART, J. G. (1900), *Memoirs of Sir Walter Scott*. Vol II, London: Macmillan.
- NAPIER, W. F. P. (1992), *History of the War in the Peninsula and in the South of France. Vol I. From the Year 1807 to the Year 1814*. Third edit. London: Constable, 1992. (First edition: London: Thomas and William Boone, 1835, vol. V.)
- OMAN, CH. (1995) [1902], *A History of the Peninsular War. Vol I: 1807-1809. From the Treaty of Fontainebleau to the Battle of Corunna*. London: Greenhill Books.
- PUJALS, E. (1982), *Lord Byron en España y otros temas byronianos*. Madrid: Alambra.
- RAMSEY, N. (2006), «Romanticism and War» en *Australian National University. Literature Compass* 3/2, pp. 117-126.
- RODRÍGUEZ, M. A. (1987), *Charles Richard. Waughan: Viaje por España*, Madrid, Cantoblanco: Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid.
- RUSSETT, M. (1997), *De Quincey's Romanticism*, Cambnridge: C.U.P.
- SAGLIA, D. (2000), *Poetic Castles in Spain. British Romanticism and Figurations of Iberia*, Amsterdam-Atlanta, GA: Rodopi.
- SANTACARA, C. (2005), *La guerra de Independencia vista por los británicos 1808-1814*, Madrid: Machado Libros.
- SOUTHEY, R. (1823-1832), *History of the Peninsular War*, London: Thomas Davison.
- TEMPLE, L. S. (1812), *The Siege of Zaragoza and Other Poems*, London: Miller.

- TORENO, J. J. y J. QUEIPO DE LLANO Y VALDÉS (1835), *Historia del levantamiento, guerra y revolución*, Imprenta de Don Tomás Jordán.
- VAUGHAN, CH. R. (1809), *Narrative of the Siege of Zaragoza*, London: James Ridgway.
- WATSON, J. R. (2003), *Romanticism and War: A Study of British Romantic Period Writers and the Napoleonic Wars*, New York: Palgrave Macmillan.
- WELLS, S. y G. TAYLOR (1992), *The Complete Works of Shakespeare*, Oxford: Clarendon Press.
- WORDSWORTH, W. (1984), «Poems Dedicated to Liberty and Independence» en *Poetical Works* (ed. Thomas Hutchinson).
- ____ (1988), *Selected Prose*, (ed. J. O. Hayden), Harmondsworth: Penguin Books.
- YONGE, CH. M. (1864), *A Book of Golden Deeds of All Times and All Lands*, Glasgow and Bombay: Blackie and Son Limited.
- ZEITLIX, J. (1916), *Select Prose of Robert Southey*. London: Macmillan.